

EL CLUB DEL CRIMEN
DE LOS JUEVES

RICHARD OSMAN

UNA



FORTUNA DE MUERTE

**Un código inquebrantable. Un tesoro oculto.
Cuatro jubilados con muy poca paciencia.**




ESPASA

RICHARD OSMAN

UNA FORTUNA DE MUERTE

Una novela del
Club del Crimen de los Jueves

Traducción de Albert Fuentes Sánchez



Título original: *The Impossible Fortune*

The Thursday Murder Club 5 © Richard Osman

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Albert Fuentes Sánchez, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-670-7903-6

Depósito legal: B. 14.644-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

JOYCE

Hace mucho que no escribo. Lo sé. Me sabe requetemal.

Debéis de preguntaros dónde me he metido todo este tiempo. ¿Me habré escapado a las Bahamas con un adiestrador de perros policía? Eso fue lo que soñé hace un par de noches. Luego me desperté porque Alan le estaba ladrando a una ardilla que había visto por la ventana.

El caso es que he estado muy liada con la boda y no he tenido tiempo para ponerme a pensar. Esto ha sido una locura.

Primero, la floristería; luego, la tarta... ¿Cómo puede ser tan cara una tarta? Pero si solo hacen falta huevos, azúcar y un poco de margarina, ¿no? Ya sé que hay que decorarla, pero aun así no lo entiendo. Después, el tema del vestido de novia, eso sí que fue divertido, nos tomamos todos un cóctel, un Buck's Fizz. Incluso fui a un salón de uñas. A ver, no es que no hubiera visto nunca un salón de uñas, pero siempre me había dado vergüenza entrar. Las chicas fueron muy simpáticas, y no descarto volver a que me hagan las uñas si me invitan a otra boda.

Mañana será el gran día. ¿Una boda en jueves? Sí, ya lo sé. Qué obsesión nos ha dado a la pandilla con los jueves, ¿verdad?

Aunque no todos los días se casa la única hija que tienes, ¿no? Aquí, en la comunidad de jubilados, hay gente a la que se le casan los nietos. Con Joanna ha sido distinto, mi niña se lo tomó con calma, y la verdad es que creo que ha hecho muy bien. Y eso que no paré de darle la lata durante años. Pensar que hace un año,

por estas fechas, seguía saliendo con el presidente del club de fútbol...

Y luego llegó Paul.

Joanna y Paul se conocieron por internet. La gente —bueno, solo Ron— me dice a menudo que debería buscar pareja en esas aplicaciones de citas, pero me da miedo que solo quieran sonsacarme los datos de la tarjeta de crédito. Ibrahim me dijo que no debo dar el nombre de Alan a la gente que me encuentro en el parque porque podrían aprovechar esa información para robarme la contraseña. Aunque le contesté que no uso el nombre de Alan en ninguna de mis contraseñas, él siguió insistiendo. Por eso, cuando alguien me pregunta cómo se llama Alan, respondo que se llama Joyce. Y si me pregunta cómo me llamo yo, le doy educadamente los buenos días y me marchó.

Os he hablado de las flores, la tarta, el vestido y todo lo demás, pero lo que no os he dicho es que Joanna y yo nos hemos enfadado por cada una de esas cosas y por muchas más. Por ejemplo, en la boda no se cantarían himnos, solo una canción de los Backstreet Boys. La cosa se puso tan fea que tuve que decirle a mi hija: «Si no quieres que te eche una mano, no tienes más que decírmelo», a lo que Joanna repuso: «No quiero que me eches una mano, mamá», y eso hizo que me pusiera a llorar, lo cual hizo que ella se pusiera a llorar también y me dijera enseguida que claro que quería que la ayudara, a lo que yo me excusé diciendo que sabía que era una metomentodo, y en esas llegó el pobre Ibrahim y, al ver el numerito que teníamos montado, se retiró sigilosamente. Nunca me cansaré de repetirlo: Ibrahim no tiene un pelo de tonto, salvo cuando se trata de perros y contraseñas.

Joanna y yo discrepamos en materia de bodas, y no es de extrañar. Si discrepamos sobre el gluten, es normal que también lo hagamos sobre casi cualquier tema. Yo hago las cosas a mi manera (después de toda una vida larga y feliz afinando mis métodos) y Joanna las hace a la suya. Ron lo llama «la manera de Londres».

La primera bronca fue unos cuarenta y cinco segundos después de que Paul me dijera que iban a casarse. Me puse muy contenta. A ver, se habían conocido hacía relativamente poco, y en Netflix ves todo tipo de historias, ¿no?, pero aun así me puse como unas castañuelas. Paul es un chico encantador, nada que ver con los novios que suele echarse Joanna, que casi siempre resultan ser millonarios de Estados Unidos. Bueno, no tengo nada en contra de los millonarios ni de los americanos, ni mucho menos, porque no hay más que ver a George Clooney, por ejemplo, pero en la variedad está la salsa de la vida, y Paul es profesor de universidad (en Middlesex, que tampoco es para echar las campanas al vuelo, pero bueno). Y ser profesor es un trabajo seguro para toda la vida, cosa que no puede decirse de ser presidente de un club de fútbol o millonario.

En fin, vamos con la primera bronca.

Le había dado un abrazo a Joanna, y también le había dado uno a Paul, y le pregunté a Joanna si sería una boda por todo lo alto, y ella me contestó que no, que de ninguna manera, que quería una ceremonia discreta e íntima, a lo que yo le dije, no recuerdo exactamente con qué palabras, algo en el sentido de: «Oh, qué pena, pero no importa», un comentario muy neutro, ya sabéis cómo soy, y ella me dijo: «¿Por qué es una pena?». Lo dijo con toda la educación del mundo, porque Paul estaba con nosotras, pero aun así vi que venían curvas, así que pensé: bueno, voy a enfriar la situación, y le dije: «Ay, no me hagas caso, solo pensaba que, como eres una novia entrada en años, mucha gente querrá asistir a la boda», a lo que ella contestó: «¿Una novia entrada en años?», sin perder la serenidad, y yo pensé: ya has metido la pata, Joyce, y le dije: «No, entrada en años no. Me refería solamente a que habrá muchos invitados. Si alguien se casa a tu edad, es una segunda boda, después de un divorcio». Y me di cuenta otra vez de que volvía a liarla. Paul dijo algo en ese momento, pero nosotras no le hicimos caso porque sabíamos que nos encontrábamos en una fase muy delicada.

da de la discusión. Joanna sonrió (aunque no con los ojos, y ese es el detalle que siempre nos delata, ¿no?) y dijo que una boda pequeña era lo que quería, y que era ella la que iba a casarse, y que la ceremonia iba a ser así. Yo entendí su punto de vista, pero ya me conocéis, tenía la cabeza llena de damas de honor, apuestos mayordomos, ramos de flores y bailes. Algo al estilo de *Los Bridgerton*, si habéis visto la serie. Me imaginaba un montón de amigos felices, con los ojos empañados de emoción, diciéndome que el sombrero me quedaba de maravilla. Me imaginaba a Elizabeth, Ron e Ibrahim sentados a mi lado. Yo estaría en la primera fila; ellos quizá se sentarían justo detrás. Podrían asomarse a mi banco y decirme lo guapa que estaba. Todas esas ideas me bailaban en la cabeza cuando le dije: «Seguro que tomarás la mejor decisión. Siempre lo haces, ¿no?». Y fue entonces cuando Joanna le pidió a Paul que se marchara a la cocina a hacernos un té.

Escrito así, me doy cuenta de que podría haber manejado mejor la situación.

Joanna se me acercó mucho y me dijo que no iba a perder los nervios, porque Paul nunca le había visto perder los nervios de verdad y pensaba que era mejor esperar a que pasaran dieciocho meses de matrimonio antes de que la viera subiéndose por las paredes (no era el momento oportuno, pero me dieron ganas de decirle que en eso tenía más razón que una santa. La primera vez que Gerry me vio perder los estribos, vivíamos en un piso de tres habitaciones en Haywards Heath, y estaba embarazada, así que ya era demasiado tarde para que le diera un tembleque y se echara atrás). Joanna me dijo entonces que sería una boda discreta, sin grandes alharacas, pero con mucho amor, a lo que yo le contesté, y sé muy bien que calladita habría estado más guapa, que una boda por todo lo alto no eran alharacas, y que quizá se estaba confundiendo, y Paul regresó y preguntó dónde estaba la leche, y ambas le contestamos a la vez que en la nevera, sin dejar de mirarnos ni un instante.

Sabía que Joanna tenía razón, que quede dicho. De verdad que sí. Pero me había hecho tanta ilusión su boda desde el día que nació, y me la había imaginado como si fuera una película tantas veces, que por eso se me fue un poco la cabeza. Ahora lo entiendo todo, pero ese día no fui capaz. Cuando nos casamos Gerry y yo, no pudimos permitirnos una gran boda. La ceremonia fue preciosa, pero discreta, con pocos invitados. Solo nuestros padres, nuestros vecinos del número 17 (pero no los del número 13, a causa de un incidente que hubo con un cortasetos), el padrino de Gerry, que era un compañero de trabajo suyo, algunas de mis amigas enfermeras y dos primas que no aceptaban un no por respuesta. Luego nos tomamos unos sándwiches en el pub (en un salón privado) y los dos volvimos a nuestros trabajos al día siguiente.

En fin, que le conté todo eso a Joanna. Como sabía que llevaba las de perder, pensé que si le mencionaba a Gerry podría ganar algo de tiempo. Y entonces se me acercó otra vez, me abrazó y me dijo: «No hay día que no me imagine a papá llevándome al altar», y, bueno, yo no tuve que imaginármelo, porque me lo he imaginado tantas veces que para mí ya es una realidad, y le devolví el abrazo, y entendí que la vida no siempre puede ser como en *Los Bridgerton*.

Así que Joanna estaba llorando, mientras pensaba en su padre, y yo lloraba, pensando en él también, y Paul volvió con dos tazas de té y dijo: «Tampoco he encontrado el azúcar, pero me daba apuro preguntar», que es justo lo que Gerry habría dicho en la misma tesitura, y fue entonces cuando me di cuenta de que me importaba un bledo que la boda fuera grande o pequeña, que solo me importaban mi hija preciosa y ese hombre encantador. Eso sí, boda grande o pequeña, Joanna no pudo evitar que me comprara un sombrero nuevo.

Paul nos alargó las tazas de té y un pañuelo de papel a cada una, y le dije a Joanna que la quería, y ella me dijo que me quería a mí, y Paul dijo: «Para futuras ocasiones, ¿dónde está el azúcar?», a lo

que respondí que estaba en el armario de encima del microondas, y Joanna preguntó si guardaba joyas o cocaína en el microondas, o quizá un arma, y yo le respondí que no. En este aspecto, hemos tenido un año tranquilo.

Seguimos reuniéndonos los jueves, claro, Elizabeth, Ron, Ibrahim y yo, y nos hacemos visitas a diario en nuestros apartamentos (al de Elizabeth vamos un poco menos; todavía necesita un tiempito). Aun así, diría que nos las hemos arreglado para no meternos en problemas serios desde hace más de un año.

Le dije a Joanna que Elizabeth, Ron e Ibrahim se pondrían contentísimos por ella, y que entenderían que, siendo una boda pequeña, no hubiera invitaciones para ellos, y Joanna me dijo que claro que estaban invitados, faltaría más, a lo que yo dije: «Sería pasarse, una boda pequeña es una boda pequeña, y habrá otras personas a las que querrás invitar antes que a ellos», a lo que Joanna repuso: «Mamá, cuando dices que te gustaría una gran boda, ¿en cuántos invitados piensas?». Yo le dije: «Bueno, unos doscientos, ese es el número que me imaginaba», y ella se rio. Me dijo que su amiga Jessica (¿o se llamaba Jacinta?, ¿quizá Jemima?) invitó a ochocientas personas a su boda, en Marruecos.

Así que le pregunté a Joanna cómo se imaginaba una boda *pequeña*, y ella me respondió: «Unos doscientos invitados, mamá».

Conque en esas estamos. Joanna tendrá la boda pequeña que siempre ha querido, y yo voy a tener la gran boda que siempre he querido para ella. A veces vale la pena no parecerte a tus hijos.

Luego le pregunté si Bogdan y Donna también podrían asistir, y quizá Chris y Patrice, a lo que Joanna me dijo que no llevara el cántaro a la fuente, pero que si les apetecía podían ir a la fiesta de la tarde, para la que calculaba unos cuatrocientos invitados. Ríete tú de las bodas pequeñas.

En fin, ya tengo la ropa planchada para la boda y bien ordenada sobre la cama del cuarto de invitados. Mi sombrero nuevo está en una caja. Mark, el chico de Robertsbridge Taxis, ha conseguido

un microbús y mañana nos llevará a todos a la ceremonia. No se celebrará en una iglesia, que es como yo la había soñado, evidentemente, sino en una casa de campo preciosa en Sussex, un sitio que, en realidad, es mucho más bonito de lo que habría podido ser una iglesia, lo que me ha hecho aprender que no debes confiar a ciegas en tus sueños. O, en todo caso, que debes permitir que los demás tengan los suyos.

Así que la próxima vez que tengáis noticias mías ya seré suegra. Además, el padre de Paul, que se llama Archie, es viudo, a punto de cumplir los ochenta años, lleva bigote y se gasta el aire de alguien que necesita que lo cuiden. En el plano de distribución de los invitados he visto que me toca sentarme a su lado en la mesa principal.

Porque en estos últimos tiempos los problemas han escaseado en la misma medida que el amor.

Así que brindemos por el día de mañana, y brindemos también por el amor y por que no haya problemas.

2

Elizabeth ha vuelto a tener sensaciones. Aunque no tiene del todo claro qué es lo que ha empezado a sentir en concreto. Sin embargo, hay algo ahí, y no es solo el brandy. Está en alerta, pero, de momento, no tiene la menor idea de por qué.

A su izquierda, Ron levanta una pinta de cerveza en honor al crepúsculo en la campiña de Sussex.

—He ido a un montón de bodas —comenta—, casi todas más, pero esta es la mejor. Por Joanna.

—Por Joanna —dice Ibrahim, alzando un vaso de whisky. Durante la ceremonia ha llorado incluso más que Joyce.

—Y por Paul —añade Joyce—. No os olvidéis de él.

—El discurso de su padrino de boda ha sido tremendo —dice Ron.

El padrino de boda. Elizabeth ha estado pensando en él.

—Se le veía nervioso —apunta Joyce.

—Eso no lo justifica —insiste Ron—. ¿Con qué derecho te pones a vomitar? No es tu boda, amigo.

—Ha conseguido ser el centro de atención —conviene Ibrahim.

Incluso antes de la desafortunada vomitona, ya habían notado algo extraño en ese hombre. ¿Era eso lo que

Elizabeth estaba intuyendo? Habría podido jurar que ese hombre la había mirado un momento. Fue solo una mirada pasajera, pero intencionada.

—¿Has llegado a alguna conclusión, Elizabeth? —pregunta Ibrahim.

Ella piensa unos segundos y finalmente consigue esbozar una leve sonrisa. La sonrisa es sincera, lo sabe, como sabe también que algún día volverá a ser más amplia.

—Ha sido precioso. Se los veía muy felices. Y a Joyce también se la ve muy feliz.

—Lleva media botella de champán entre pecho y espalda —comenta Ron.

Joyce hipa un poco. Los cuatro amigos contemplan la puesta de sol en silencio, disfrutando a sus anchas de la terraza de piedra de la gran mansión. Del interior de la casa llegan música y risas.

Elizabeth mira a sus amigos y piensa en Stephen. Joyce se da cuenta —porque no se le escapa nada— y le pone la mano en el brazo.

—Gracias por venir, Elizabeth —le dice—. Sé que todavía es difícil.

—Tonterías —responde ella, lista para soltarle un sermón sobre la importancia de ser independientes. Pero Joyce no se equivoca: sigue siendo difícil. Casi imposible, de hecho. Toma otro sorbo de brandy y baja la vista—. Tonterías.

Elizabeth se vuelve cuando Joanna sale a la terraza por una puerta doble.

—Por fin. Me preguntaba dónde os habíais escondido. ¿Qué hacéis? ¿Os estáis drogando?

Ron se pone de pie y le da un abrazo.

—Solo buscábamos cinco minutos de paz. ¿Cómo está el padrino?

—¿Nick? —dice ella—. Está rehidratándose.

Nick, sí, así se llamaba. Nick Silver.

—¿Y el mantel? —pregunta Ibrahim.

—Insalvable —responde Joanna—. Nos lo restarán de la fianza. Bueno, ¿quién se viene a bailar? ¿Mamá? Todos quieren bailar contigo. Por lo visto les pareces encantadora.

—Porque lo soy —replica Joyce, antes de volver a hipar—. De casta le viene al galgo.

Ron la ayuda a ponerse de pie.

—Es posible que el padre de Paul quiera un baile, ¿no crees, Joyce?

—No me interesa.

—A ver —comenta Ibrahim—, te has pasado toda la comida con la mano sobre su rodilla.

—Era una forma de darle la bienvenida a la familia.

—Primera vez que oigo llamarlo así —repone Ron, antes de apurar su pinta de cerveza.

—Ibrahim —dice entonces Joanna—. ¿Te apetecería bailar una canción conmigo?

—Será todo un placer —contesta él, levantándose también—. ¿Qué será? ¿Un foxtrot? ¿Un quickstep?

—Cualquier cosa que consigas hacer con *Like a Prayer*, de Madonna —comenta Joanna.

Él asiente.

—Habrá que improvisar.

Ya están todos de pie y empiezan a desfilar hacia la puerta. Pero Elizabeth no se mueve. Joyce se acerca a su amiga y le pone una mano sobre el hombro.

—¿Vienes con nosotros?

—Dame diez minutos. Entrad y pasadlo bien.

Joyce le aprieta el hombro. Qué cariñosa ha sido Joyce con ella desde que murió Stephen. Nada de discursos,

ni de sermones, ni de palabras vacías. Solo su presencia cuando intuía que la necesitaba, y su ausencia cuando entendía que necesitaba tiempo. Ron ha estado a su lado con abrazos; Ibrahim, estupendo psiquiatra, ha procurado animarla de distintas maneras, siempre discreto, pensando que ella no se daría cuenta. Pero ¿Joyce? Siempre supo que Joyce poseía una inteligencia emocional de la que ella carecía, pero la pura elegancia con la que se ha conducido durante este último año es extraordinaria. Los compañeros de la pandilla desaparecen por la puerta doble y Elizabeth vuelve a estar sola.

¿Vuelve a estarlo? No. Elizabeth siempre está sola ahora. Siempre sola y nunca sola: eso es estar de duelo.

El sol ha desaparecido detrás de las colinas de los South Downs. Siempre sola, pero nunca sola. Elizabeth nota que sus sentidos se desperezan. Pero ¿qué es lo que intuye?

A su izquierda, oye un ruido procedente de un sendero flanqueado por árboles que se extiende por debajo de la terraza. Y un hombre sale de detrás de un roble alto y camina hacia ella.

Era eso: había alguien ahí fuera, en la penumbra. Esa presencia ha despertado sus sentidos. Cuando el hombre empieza a subir por los escalones de piedra que llevan a la terraza, la figura, ya conocida, de Nick Silver, el padrino de boda, sale a la luz. Señala con la cabeza la silla que hay al lado de Elizabeth.

—¿Le importa?

—En absoluto —dice ella. Del interior de la casa llega una salva de hurras. Será Ibrahim bailando, seguro.

Nick toma asiento.

—Usted es Elizabeth —afirma él—. Su nombre no le será desconocido.

—Eso me temo —responde ella, antes de fijarse, aliviada, en que Nick se ha cambiado de camisa—. ¿Hay algo que le preocupe, señor Silver?

Nick asiente. Mira al cielo y luego a ella otra vez.

—El caso es que alguien ha intentado matarme esta mañana.

—Entiendo —asiente Elizabeth. Algo da un brinco dentro de ella. Durante el último año, su corazón ha latido como una máquina, una bomba hidráulica que la ha mantenido con vida en contra de su voluntad, pero ahora vuelve a sentirlo en su carne—. ¿Está seguro?

—Absolutamente —dice Nick—. Eso es algo que se sabe, ¿no cree?

—¿Y tiene alguna prueba? La gente de su generación suele tener la piel muy fina.

Nick levanta su móvil.

—Tengo pruebas.

Elizabeth nota que una fuerza conocida empieza a tirar de ella, como la gravedad. ¿Debería escapar de un salto mientras esté a tiempo?

—¿Alguien tiene buenos motivos para asesinarle? —pregunta. No, no va a saltar para escapar. Claro que no lo hace. ¿Adónde la llevaría ese salto? Hace tiempo que se quedó sin suelo firme.

Nick asiente.

—Sí, muy buenos motivos, si le soy sincero.

Un viejo camino se abre en la mente de Elizabeth. Está cubierto de maleza, pero ahí sigue.

—¿Y sabe de quién se trata?

—Lo que voy a decirle debe quedar entre nosotros, ¿de acuerdo? ¿Puedo confiar en usted?

—Esa pregunta debe responderla usted, señor Silver. No yo.

El hombre está tiritando, pese a la calidez del atardecer.

—Puedo darle nombres, sí.

—¿Más de una persona quiere matarle? —se sorprende ella, levantando las cejas—. Y eso que parece usted una persona bastante inofensiva.

—Gracias —replica él.

—¿Por qué ha acudido a mí? —pregunta Elizabeth—. ¿En lugar de, por ejemplo, a nuestra querida policía?

—Yo... —empieza a decir Nick—. No quiero decirse-lo a la policía, por múltiples motivos, y oí hablar de usted, por Paul. De su fama...

—Estoy segura de que Paul exagera —declara Elizabeth. A veces nos olvidamos de que tenemos una fama que nos precede.

—Sencillamente me preguntaba... —continúa Nick, mirándola con un gesto de temor que Elizabeth ha visto muchísimas veces a lo largo de los años. El miedo de un hombre que tiene un pie en vilo sobre el borde de un precipicio—. Si se lo cuento todo, ¿conoce a alguien que pueda ayudarme?

Elizabeth estuvo a punto de decir que no a acudir a esta boda. De quedarse en casa leyendo. Y contemplando la butaca de Stephen. De fustigarse a sí misma. Pero al final había dicho que sí. En algún rincón de su ser algo le susurraba que había llegado la hora de volver a empezar. Pensó que quizá se debía a la perspectiva de ver con sus propios ojos un momento de amor, pero no, al final había resultado mucho mejor que eso. Se trataba de un padrino de boda amenazado de muerte.

Los problemas se parecen mucho al amor: a su debido tiempo, te encuentran. Y por eso estaba ella ahora en la boda.

¿Que si sabe de alguien que pueda ayudar a este hombre? Elizabeth mira a Nick, asiente con la cabeza y toma su mano.

—Señor Silver, sí que conozco a alguien.